

Renace el Picadero de Moscú

JUAN CULLEN SALAZAR *

Ayer conocimos por la prensa la grata noticia de la reapertura del Picadero de Moscú después del pavoroso incendio que destruyó su techumbre el 15 de marzo del pasado año. El edificio conocido como la Sala de Exposiciones Manezh, en el centro de Moscú, fue proyectado por nuestro célebre paisano el ingeniero Agustín de Betancourt y Molina, y se construyó en 1818 para el entrenamiento de las tropas rusas durante los duros días del invierno de aquel país. Era por tanto el Picadero, como se le llamaba en los primeros tiempos, o, más técnicamente, la Sala de Ejercicios Ecuestres de Moscú.

La noticia de su incendio, publicada por DIARIO DE AVISOS al día siguiente del funesto suceso, nos llenó de tristeza y hoy su reapertura nos proporciona una gran satisfacción. Su reconstrucción en tiempo récord habla por sí misma de la extraordinaria importancia que esta gran obra de Betancourt merece a la nación rusa. En la ceremonia de reinauguración el alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, calificó el edificio como "ejemplo de gran ingeniería, que sigue sorprendiendo por su estructura". Afirmó que "el incendio no pudo con el Manezh y que nada podrá lograr que desaparezca de Moscú". Recordó que "la rehabilitación requirió de una gran y difficilísima labor, con lo que la magnífica obra vuelve a estar al servicio de Rusia y del pueblo ruso". Trece meses después de su destrucción parcial, de nuevo renace de sus cenizas y podrá ser nuevamente admirada en todo su esplendor, a un tiro de piedra del recinto amurallado del Kremlin.

Su construcción fue encargada por el Zar Alejandro I a Agustín de Betancourt, tinerfeño universal, nacido en el Puerto de la Cruz el 1 de febrero de 1758. La instrucción al aire libre del ejército se hacía imposible debido a la dura climatología de los inviernos moscovitas. Por esta razón, y siguiendo algunos precedentes, Alejandro I, victorioso de la frustrada invasión de las tropas napoleónicas, encargó a nuestro insigne ingeniero la construcción de un edificio cubierto para el entrenamiento de las tropas rusas durante todo el año. El encargo fue hecho con la condición de que su construcción se ejecutase con toda celeridad.

El proyecto lo presentó Betancourt en junio de 1818 y seis meses más tarde, el 2 de diciembre de 1818, el

Zar pudo inaugurar sus instalaciones. El edificio era de factura neoclásica, con una notable fachada, en el que destacan las extraordinarias dimensiones de la cubierta, una gran cercha de madera que salvaba sin apoyo intermedio alguno. La gran distancia entre ellos la superó aprovechando la experiencia adquirida en la construcción del puente Kamennooostrovskii sobre el río Neva (cuyo proyecto envió a su hermano José y se conserva en el archivo familiar), que realizó ocho años antes.

La enorme capacidad organizativa permitió ejecutar este gran edificio, dotado incluso de calefacción, en tan pocos meses, y ello impresionó poderosamente al Zar y afianzó la confianza depositada en nuestro paisano. Betancourt publicó en San Petersburgo, en 1819, una monografía con el título de "Descripción de la Sala del Ejército de Moscú", testimonio de las obras ejecutadas.

La noticia de su reconstrucción había sido adelantada por Dimitry Nicolosky, doctor ingeniero formado en la Universidad de San Petersburgo, en la antigua sede del Instituto de Vías de Comunicación, fundado por Agustín de Betancourt, para la formación de los ingenieros de Caminos rusos, con ocasión de su intervención en las Jornadas sobre Agustín de Betancourt, que tuvieron lugar en Santa Cruz de Tenerife los días 21 y 22 de abril del pasado año, organizadas por la Fundación Canaria Betancourt y Molina. En su excelente intervención aportó incluso planos del proyecto de reconstrucción apenas cinco semanas después del pavoroso incendio que lo destruyó parcialmente.

En este mismo periódico DIARIO DE AVISOS, pocos días después, vaticinábamos que, habiendo visto la magnitud de las rehabilitaciones o reconstrucciones de edificios de carácter histórico llevadas a cabo en los últimos años por las autoridades de Moscú, se llevaría a cabo su rehabilitación con toda seguridad. Hoy aquel pronóstico se ha hecho realidad y el Picadero de Moscú, obra del tinerfeño Agustín de Betancourt, recobra todo su esplendor, no sólo para el deleite de los moscovitas, sino para la nostalgia de los tinerfeños que tienen en el autor de su proyecto a una figura de dimensión universal.

* Juan Cullen Salazar es miembro de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.